

DGCL ©
A

f.172220

c.1223458

DISCURSO
HISTÓRICO-CRÍTICO

SOBRE LA DECADENCIA

DEL IMPERIO MUSULMAN EN ESPAÑA,
Y LAS CAUSAS QUE RETARDARON
EN LA MONARQUÍA CASTELLANA

los progresos de la restauracion y de las letras
hasta el siglo XIII.

POR

D. Eugenio de Tapia.



Madrid :

EN LA IMPRENTA DE YENES.

—
1838.

DISCURSO

HISTÓRICO-CRÍTICO

SOBRE LA INTELIGENCIA

DEL TIEMPO MODERNO EN ESPAÑA

Y LAS CAUSAS QUE RETARDAN

EN LA MODERNA CÍVILIZACIÓN

los progresos de la civilización y de las letras
hasta el siglo XIX.

D. Eugenio de Guzmán

Madrid:

EN LA IMPRIMERÍA DE LEBLANC.



R. 138848

INTRODUCCION.

Las musas despavoridas huyen del ensangrentado campo de la guerra civil, donde no se ofrecen á la imaginacion sino robos, asesinatos y atroces venganzas. ¿Qué obras literarias podrá presentar el hombre estudioso á sus conciudadanos, que gimen y no encuentran en parte alguna reposo ni seguridad? Las letras perecen: la barbarie viene en pos de las discordias intestinas. Ellas acabaron en España con el imperio floreciente de los árabes: ellas entorpecieron la gloriosa restauracion de la monarquia castellana. Este es el tema del presente discurso: leccion saludable que legó la historia á los siglos venideros: leccion que en el dia pudiera aprovechar á esos españoles alucinados por la ignorancia y el fanatismo, si supieran apreciar el bien de su patria,

cuyo seno estan desgarrando inhumanamente.

Con vosotros habla tambien la historia, patriotas espurios, que fomentais discordias para llegar al mando por torcidas sendas. Volved la consideracion á los siglos pasados, y si todavia caben en vuestro corazon afectos de verdadero civismo, sacrificad esas interesadas pasiones que os estravian; y unidos en el santuario de la ley, jurad contribuir mancomunadamente á la prosperidad de este desventurado suelo.

Para amenizar la aridez propia de los acontecimientos civiles que se refieren en este Discurso, hago una excursion al campo de las letras, cuyos lentos progresos en los primeros siglos de la restauracion de la monarquia castellana fueron efecto de las varias causas que aqui se indican. Otros ingenios mas felices se estimularán tal vez á tratar estas ú otras cuestiones de nuestra literatura nacional. ¡Ojalá este ensayo mio despierte la aficion á nuestra historia literaria, tan abandonada en estos tiempos borrascosos!

A principios del siglo xi ocupaba el trono musulman establecido en Córdoba el debil y voluptuoso Hixen, descendiente de la esclarecida estirpe de los Omiadas, que desde mediados del siglo viii dominaban en la mayor parte de España con independencia de los Califas orientales. Entregado aquel monarca á los placeres, gobernaba en su nombre, con el título de agib ó primer ministro, el inepto y ambicioso Abderrahman, hijo del célebre Almanzor, tan formidable para los cristianos en el último tercio del siglo x.

No teniendo Hixen descendientes, aspiraba á sucederle Abderrahman, y por vituperables medios llegó á alcanzar que

aquel le nombrase sucesor suyo. Sabida esta designacion por los parientes de Hixen, el príncipe Muhamad, que se consideraba con derecho al trono como deudo mas inmediato, salió de Córdoba, juntó un poderoso ejército; y habiendo vencido y cautivado á Abderrahman, le hizo morir en una cruz, suplicio propio de los esclavos.

De este principio dimanaron las sangrientas guerras civiles suscitadas en adelante, y á cuya sombra usurparon la soberania muchos wallis ó gobernadores de provincias, y de ciudades principales. Para poner fin á esta destructora anarquía se juntaron en Córdoba los individuos del consejo en el año de 1026, y nombraron Califa á otro Hixen mas propio para gobernar que el anterior, aunque no mas afortunado. Este buen príncipe no tardó en conocer que su gobierno, aislado en medio de tantas rebeliones, era sobradamente debil para vencer con las armas á los wallis ó régulos independientes. Por otra parte las costumbres estaban ya muy pervertidas, desenfrenadas las pasiones, y el estado caminaba aceleradamente á su perdicion.

7

Hixen trató de restablecer el orden, y de reducir á los wallis rebeldes con exhortaciones, haciéndoles ver la necesidad de unirse para resistir al poder creciente de los cristianos; pero ellos, bien hallados con su usurpada soberania, no quisieron jamas someterse. Tuvo pues Hixen que tomar las armas, aunque á pesar suyo: y despues de una guerra obstinada y sangrienta, se vió en la necesidad de tratar con aquellos rebeldes para evitar mayores desgracias.

Esta moderacion del monarca desagradó al pueblo de Córdoba; y como por otra parte los males públicos iban creciendo sin que pudiese aquel remediarlos, el inconstante populacho, movido por algunos facciosos encubiertos, se amotinó, pidiendo la deposicion de aquel mismo rey, á quien antes habia recibido con muestras de la mayor aprobacion. Informado Hixen de lo que pasaba, lejos de manifestar sentimiento, se felicitó mas bien, porque así recobraba su libertad y el reposo de la vida privada; y el dia siguiente al de la conmocion popular, salió del palacio con su familia, escoltado por parte de la guardia.

Este fue el ultimo Califa de occidente, y en él acabó la dinastía de los Omiadas.

En lugar de Hixen fue elegido rey de Córdoba Gebvar ben Muhamad, quien varió la forma de gobierno, estableciendo un consejo de wazires encargado de la administracion. Los wallis de las provincias se erigieron en soberanos independientes: Sevilla, Carmona, Málaga, Algeciras, Granada, Almeria, Denia, Valencia, Zaragoza, Huesca, Lérida, Badajoz, y algunas otras ciudades, tenian sus reyes particulares. El mas poderoso de todos llegó á ser el de Sevilla, que ganó á Gibraltar, sojuzgó toda la parte meridional de Andalucia; y apoderándose á traicion de Córdoba, la sometió bajo su dominacion en el año de 1060: de modo que esta ilustre ciudad ni aun pudo conservar el honor de tener un soberano independiente, cuando los habia en otras ciudades de menor importancia.

Las discordias intestinas de los árabes, y la reunion de los dos reinos de Castilla y Leon en la persona de D. Fernando I por los años de 1037, proporcionó á este

monarca la ocasion de estender sus conquistas; pero llevado de una falsa política, ó cegado por el amor de sus hijos, repartió entre estos sus estados antes de morir, adjudicando el reino de Castilla á su primogénito Don Sancho; el de Leon á Alfonso; el de Galicia y parte del territorio de la antigua Lusitania, á Garcia; la soberania de la ciudad de Zamora á Urraca, y la de Toro á Elvira.

Despues de su muerte suscitó esta division sangrientas discordias, que pudieran causar la ruina del imperio cristiano, si los árabes hubiesen estado unidos. D. Sancho declaró la guerra á su hermano don Alfonso, y despues de varios combates entre leoneses y castellanos, quedó este vencido y prisionero. No satisfecho D. Sancho con esta adquisicion, despojó de la Galicia á D. Garcia, que hubo de refugiarse en Sevilla, donde reinaba Almoateded; y ademas proyectó quitar á sus hermanas el heredamiento que les habia cabido; pero aunque logró apoderarse de Toro, no así de Zamora, en cuyo asedio pereció á manos de un traidor.

Don Alfonso, que habiendo escapado de su prision se hallaba refugiado en Toledo, apenas supo la muerte de Don Sancho, previo permiso de Aben-Dylnun que reinaba en aquella ciudad, voló á Zamora; aseguró la persona de su hermano Don Garcia que habia pasado de Sevilla á Galicia por aquel mismo tiempo, y tomó posesion de todos los estados de su padre. Con la reunion de ellos volvió la monarquía á formar un todo compacto, como en tiempo de Fernando I; lo cual junto con el talento militar del rey, y los buenos caudillos que tenia, entre quienes descollaba Rodrigo de Vivar apellidado el Cid, le facilitó los medios de aspirar á mayores empresas.

De los régulos árabes los mas poderosos á la sazón eran el referido Aben-Dylnun, señor de Toledo y gran parte de Castilla la Nueva, y Muhamad, señor de Sevilla, Córdoba y otras ciudades de Andalucía. Agradecido Alfonso á la hospitalidad que habia recibido del primero en el tiempo de su persecucion, se confederó con él, y le dió un cuerpo auxiliar de caballeria

para hacer guerra á Muhamad , que entonces estaba ocupado en el sitio de Algeciras. Aben Dylnun conquistó rápidamente á Córdoba y Sevilla ; pero habiendo juntado Muhamad las tropas que tenia en Jaen y en las inmediaciones de Algeciras, recobró aquellas dos ciudades, y el mismo dia en que dió el asalto á Sevilla, falleció Aben Dylnun. La muerte de este caudillo desalentó á los guerreros que servian bajo sus órdenes, y todos ellos se retiraron de Andalucia.

Sucedio á Aben-Dylnun su hijo Yahia Alcadir, príncipe debil y voluptuoso, contra quien se rebeló el pueblo de Toledo, obligándole á salir de la ciudad , de donde se retiró á un castillo en la frontera de Valencia. Alfonso que vió tan oportuna ocasion de apoderarse de Toledo, hizo un tratado con Muhamad por el cual el primero quedó autorizado para su premeditada conquista, y el segundo para apoderarse de Granada, Almeria y Badajoz.

Como la conquista de Toledo era de tan grande importancia no solo para el rey de Castilla sino para todos los príncipes

cristianos, concurrieron á ponerse bajo las banderas de Alfonso muchos distinguidos guerreros de Aragon, Navarra, Francia, Italia y Alemania. El sitio fue largo y obstinado, hasta que al fin el pueblo cansado de sufrimientos y privaciones, abrió las puertas á Alfonso, habiendo este prometido á los habitantes seguridad y proteccion en sus personas y bienes, libertad de culto, conservacion de las mezquitas y de la jurisdiccion de los cadis para los súbditos musulmanes. Asi tuvo fin el reinado árabe de Toledo despues de 372 años de existencia.

Para acallar Alfonso al despojado Yahia, y darle algun resarcimiento por la pérdida de Toledo, le envió tropas auxiliares con obgeto de ponerle en posesion de Valencia, cuyo trono estaba vacante por muerte del walli Abderrahman, á quien habia destronado Aben-Dylnun.

No contento Alfonso con la adquisicion de Toledo recobró ademas las fortalezas de Madrid, Maqueda y Guadalajara, estableciendo su dominacion en las dos orillas del Tajo. Entonces Muhamad conoció las con-

secuencias del error que habia cometido, y para evitar mayores males representó á Alfonso que debia contenerse en los límites del convenio que habian celebrado. El monarca de Castilla le contestó que cuanto poseia á la sazón le pertenecia por la cesion que le habia hecho Yahia su amigo y aliado; y para acallar las quejas del régulo sevillano, le envió un cuerpo de 500 caballos con obgeto de que le auxiliasen en la conquista de Granada. Muhamad no quiso admitirlos diciendo que habia hecho la paz con el rey de Granada, y no tenia necesidad de refuerzos.

Alfonso, que ya se habia quitado la máscara, y no trataba de contemporizar, volvió sus armas contra el reino de Zaragoza, al mismo tiempo que amenazaba al régulo de Badajoz pidiéndole una parte de sus estados; pretension á que este se negó con dignidad y firmeza. Apoderado Alfonso de Coria, que le abria el camino de Estremadura, envió diputados á Muhamad pidiéndole la entrega de algunas plazas fronterizas. Irritado aquel monarca con semejante pretension, se preparó para la

guerra, y habiendo convocado á los régu-
los de Granada, de Almeria y de Badajoz
para una conferencia en que se habia de
tratar de la defensa comun, acudieron to-
dos á Sevilla. En esta asamblea quedó
acordado enviar á Yusef, que mandaba en
Africa á los almoravides, una solemne
embajada á nombre de todos los príncipes
musulmanes de España pidiéndole au-
xilios (1).

El rey de Marruecos convocó el conse-
jo para oír su dictamen, y todos los indi-
viduos de él arrebatados de un movimien-
to de indignacion contra Alfonso, clama-
ron á una voz que era necesario tomar las
armas. Quedó por consecuencia resuelto
enviar socorros de gente á Sevilla, pero
con la previa condicion de que se entrega-
se á Yusef la plaza de Algeciras para te-
ner en cualquier contratiempo una retira-

(1) La dominacion de los almoravides en Africa tuvo su origen, á mediados del siglo undécimo, en un ambicioso llamado Abdala que se puso al frente de dos tribus de origen árabe, con las cuales y otras circunvecinas, se apoderó de todo el país de Darea. Muerto Abdala le sucedió Abubekir, cuyo poderio se aumentó considerablemente estendiéndose á otros territorios, y fundó la ciudad de Marruecos. El sucesor de Abubekir fue Yusef.

da segura, y el paso libre de España al Africa. Accedió imprudentemente el rey de Sevilla á esta condicion, y el año de 1089 se verificó el desembarco del ejército africano de Yusef en Algeciras.

Alfonso, que se hallaba á la sazón en el cerco de Zaragoza, informado de la llegada de los africanos, reunió todas sus fuerzas para ir contra ellos: llamó al Cid á su corte, de la cual se habia alejado por algunos disgustos, y pidió auxilios al rey de Aragón y Navarra D. Sancho, que sitiaba entonces á Tortosa. Acudió este con tropas auxiliares, y Alfonso se puso en camino para Estremadura.

Los dos ejércitos enemigos se encontraron á corta distancia de Badajoz, y en una de las mas sangrientas batallas que recuerda la historia, quedó vencido el ejército cristiano. Alfonso hubo de volverse á Toledo lleno de amargura; si bien resuelto á hacer frente con nuevo ejército á los almoravides.

Afortunadamente el caudillo de estos, que habia venido del Africa con el designio de establecer su dominacion en los

estados musulmanes de la península, declaró despues de la victoria sus ambiciosas miras; y haciendo sucesivamente la guerra á los régulos árabes del mediodia, logró destronarlos, y establecer la dinastia de los almoravides. Estas discordias facilitaron al Cid la conquista de Valencia, y á Alfonso el medio de reparar sus pérdidas, y de asegurar sus estados.

Alí, sucesor de Yusef, juntó un poderoso ejército de africanos y árabes españoles para invadir la provincia de Toledo. Alfonso, achacoso ya y agoviado por la edad, envió contra los enemigos á su hijo D. Sancho, menor de edad bajo la tutela y cuidado del conde D. Garcia de Cabra. La hueste cristiana peleó encarnizadamente con los musulmanes en las cercanias de Uclés: pero la victoria se declaró por estos; y en aquella triste jornada pereció la flor de la nobleza castellana, y tambien con ella el pequeño infante D. Sancho.

La pérdida de los enemigos hubo de ser grande, pues á pesar de su triunfo no osaron poner sitio á Toledo; bien es verdad que Alfonso sabida la derrota de su

ejército en Uclés, lejos de desmayar reforzó la guarnicion de Toledo, aumentó sus medios de defensa, y con heroica resignacion se preparó á resistir bizarramente.

Muerto Alfonso VI heredó las coronas de Castilla y Leon su hija doña Urraca, que habia casado en segundas nupcias con don Alfonso I, rey de Aragon. Este, socolor de defender los derechos de su esposa, entró en Castilla con poderosa hueste, lo cual exasperó á los castellanos y á la misma reina, que siendo de condicion altanera, y poco aficionada á su marido, queria mandar por sí, y tenerle á raya. Llegó la desavenencia á punto de encerrar D. Alfonso á su muger en el castillo de Castellar, de donde fue sacada por sus partidarios. Estas alteraciones produgeron largas y sangrientas guerras entre aragoneses, castellanos, leoneses y gallegos.

Agitábase al mismo tiempo la cuestion del divorcio de doña Urraca y su marido por el parentesco que mediaba entre ambos. La reina deseaba la separacion por entregarse con mas libertad á sus galante-rias. El rey, mas atento al blanco de su

ambicion que á su propio decoro, resistia el divorcio, y desterró á varios obispos que le promovian.

Para mayor complicacion los señores de Galicia alzaron por su rey al infante don Alfonso, hijo de doña Urraca y de su primer marido D. Ramon de Borgoña. Siguiéron este ejemplo los principales señores de Castilla; empero el nuevo rey tenia que ganar con las armas un reino dividido en tres bandos. Erale forzoso por una parte habérselas con su padrasto el rey de Aragon, y por otra tenia que hacer frente á su madre, no menos interesada que su marido en conservar la corona. Al fin murió esta señora: el rey de Aragon renunció á sus pretensiones, y D. Alfonso VII quedó pacífico poseedor de Castilla, Leon y Galicia.

Hallábase Ali en su imperio de Marruecos cuando supo la muerte de D. Alfonso VI, é informado tambien de las disensiones intestinas que amenazaban en los estados cristianos, resolvió pasar á España con un ejército poderoso. Este hizo mayores estragos que el anterior, pues habiendo invadido el territorio de Toledo, incen-

dió pueblos, taló sus campos, y degolló gran número de sus habitantes. No pudo sin embargo tomar á Toledo por sus excelentes fortificaciones y aventajada posicion; de modo que hubo de contentarse con arrasar su campiña, como tambien las de Guadalajara, Madrid y Talavera.

Poco tiempo despues regresó Alí al Africa, donde habian aparecido síntomas de rebelion en los árabes del desierto. La ausencia de este valiente caudillo, y el restablecimiento de la paz entre Aragón y Castilla, proporcionaron á los monarcas de estos dos reinos gloriosos triunfos contra los almoravides.

La dominacion de estos en España subsistia solo por la fuerza de las armas: los árabes andaluces descendientes por la mayor parte de los antiguos conquistadores de la Mauritania y de la España, no podian llevar con resignacion el yugo de los moros africanos, súbditos suyos en otro tiempo, y los consideraban como usurpadores y tiranos. A no ser por las disensiones acaecidas entre D. Alfonso de Aragon y su esposa doña Urraca hubiera sido facil

triunfar de los almoravides y lanzarlos de España, á lo cual hubieran cooperado los árabes andaluces.

Lo que no hicieron estos supo ejecutarlo en Africa un fanático ambicioso llamado Muhamad ben Abdala, quien á pretesto de reformar los abusos introducidos en el islamismo, formó un poderoso partido. Su discípulo Abdelmumen, despues de haber ganado señaladas victorias en Africa é impuesto la ley á todas las ciudades de aquel imperio, escepto Marruecos, trató de conquistar la España; y habiendo hecho embarcar en Tanger diez mil caballos y veinte mil infantes, dió el mando general de estas fuerzas á Abu Amran ben Said, quedándose él en Africa para conquistar á Marruecos.

El ejército de estos nuevos conquistadores, conocidos en la historia con el nombre de almohades, desembarcó el año de 1146 en la costa de Algeciras, cuya guarnicion no pudiendo defender la plaza, se abrió paso con las armas, refugiándose en Sevilla los que consiguieron libertarse. Continuando sus conquistas los almohades reforzados

con nuevas tropas que les envió Abdelmumen, se apoderaron de otras muchas ciudades de Andalucía.

El rey de Castilla temia con razon que estos feroces enemigos vencedores de los almoravides, fundasen en Andalucía un nuevo imperio, el cual apoyado en los auxilios de Africa, restableciese con la union de los árabes españoles y de los africanos el poderio que habian perdido aquellos desde la caída de los Omiadas. Para evitarlo entró en Andalucía con un ejército compuesto de sus mejores guerreros, y por no atemorizar á los pueblos con la idea de una invasion, hizo publicar que iba á socorrer á su aliado ben Gania, rey de Granada; pero viendo los musulmanes que se detenia para poner asedio á Córdoba en vez de marchar contra los almohades, acudieron al Africa pidiendo la proteccion de Abdelmumen.

El rey de Marruecos acogió favorablemente este mensaje; y enviando refuerzos á Córdoba obligó á Alfonso á levantar el sitio, y retroceder á sus estados. No obstante en los años siguientes hizo Alfonso muchas incursiones en los estados fronteri-

zos de los musulmanes, adquiriendo siempre nueva gloria, hasta que en 21 de Agosto de 1157 falleció ó de una disenteria, segun los historiadores españoles, ó peleando, como aseguran los árabes, cerca de Granada.

El rey D. Alfonso VII, siguiendo el funesto ejemplo de otros predecesores suyos, repartió los estados que gobernaba entre sus dos hijos D. Sancho y D. Fernando, al primero de los cuales dejó el reino de Castilla con la Vizcaya, y al segundo el de Leon, Asturias y Galicia. No se concibe cómo un monarca que debia conocer los males causados por la anterior division de los reinos, y que tan ardientemente deseaba el exterminio de los musulmanes, hubiese podido incurrir en este error político, que debilitaba las fuerzas por falta de la debida unidad y concentracion del poder en una sola mano vigorosa. Parece que los cristianos y los musulmanes estaban dominados por una triste fatalidad, y que cuando debian unirse mas para conseguir los unos ó los otros el dominio de esta desventurada nacion, entonces era precisamente el tiempo de sus

mayores desavenencias. De este modo se prolongó por espacio de ocho siglos una lucha terrible, sangrienta por demas, y solo interrumpida por treguas de corta duración.

Bien pronto se desunieron el rey de Castilla y el de Leon, á pesar de los estrechos vínculos del parentesco, y de la confederacion que entre sí habian celebrado. Por otra parte el rey de Navarra D. Sancho valido de frívolos pretextos, movió guerra á Castilla, y sus tropas llegaron hasta Burgos robando y talando; si bien fueron completamente derrotadas por el bizarro D. Ponce, caballero catalan que servia al rey de Castilla.

Las disensiones de estos príncipes fueron causa de que los musulmanes se apoderasen entretanto de varias plazas de Andalucía que habia conquistado el difunto D. Alfonso VII. Su hijo D. Sancho, tercero de Castilla, hubiera eclipsado la gloria del padre en la guerra con los musulmanes; mas por desgracia la muerte le atajó pronto los pasos en su carrera gloriosa, aunque corta, y recayó el trono de Casti-

lla en su hijo D. Alfonso, que solo tenia tres años de edad.

En la minoria de este disputaron tenazmente la regencia del reino las dos casas rivales de Lara y Castro: á los principios venció la primera y ejerció por algun tiempo en nombre de Alfonso una autoridad absoluta; pero habiéndose confederado D. Fernando de Castro con el rey de Leon, consiguió de este levantar tropas en sus estados, las cuales unidas á sus muchos y antiguos partidarios, llegaron á formar una hueste respetable con la que entró en Castilla á castigar á su rival. Salió á resistirle con tropas castellanas D. Nuño, y terminó esta contienda en una batalla bien funesta á los ambiciosos Laras, pues dos de esta familia perecieron en el combate, y Nuño quedó prisionero. Satisfecho D. Fernando de Castro se volvió á Leon, renunciando para siempre á su patria.

Estas minorias turbulentas de algunos de nuestros antiguos reyes fueron no menos perjudiciales á la causa comun, que el repartimiento de los estados entre diversos hijos, pues daban ocasion á los ambiciosos

magnates para disputar sus pretensiones con las armas, y llenar de calamidades el reino. Estas escisiones y las sangrientas guerras que solian hacerse los diferentes príncipes cristianos que dominaban en Castilla, Leon, Navarra, Aragon, Cataluña y Portugal, por ensanchar sus estados á costa de los otros, fueron las causas principales de haberse retardado tantos siglos la total restauracion de España.

Habiendo salido de tutela D. Alfonso, VIII de Castilla, tomó las riendas del imperio, que al principio manejó con poca prudencia, empeñándose en guerras ruinosas con los reyes de Leon, de Aragon y de Navarra. Sufrió ademas dos grandes reveses en la guerra con los moros, señaladamente en Alarcos, donde por un temerario arrojo y no aguardar á su confederado el rey de Leon, fue derrotado por los moros con pérdida espantosa. Reparóse esta sin embargo con grandes ventajas algunos años despues; porque habiéndose confederado Alfonso con los reyes de Aragon y Navarra, derrotó con el auxilio de estos en las Navas de Tolosa al ejército mas numeroso

y formidable que se habia visto en España, compuesto de africanos y árabes andaluces, y acaudillado por Muhamad Anasir, que á la sazón era el monarca de los almohades.

Muhamad no se consideró seguro ni aun en Sevilla, y desde esta ciudad pasó rápidamente á Marruecos, donde convencido de que ya no podia inspirar confianza, ni manejar con acierto el timón del gobierno, nombró por sucesor á su hijo Abu-Jacûb Juséf, mas conocido con el nombre de Almostanzir Bilah. Los cristianos no sacaron todo el fruto que era de esperar del triunfo ganado en las Navas; pues si bien tomaron á Baeza, Ubeda y algunos otros pueblos de menor consideracion, hubieron de volverse á sus hogares, á causa de las enfermedades que los aquejaban, segun refieren los historiadores.

Entre tanto el imperio de los almohades caminaba precipitadamente á su ruina, porque el sucesor de Muhamad, incapaz de ponerse al frente del gobierno por su inesperienza y pocos años, hubo de entregarse en manos de sus ministros. Ellos bajo

el nombre del príncipe ejercian un poder arbitrario, satisfaciendo impunemente sus pasiones, resentimientos y venganzas; lo que aumentó el descontento, encendió la tea de la discordia, y abrió el camino á la rebelion.

Si los reyes cristianos hubiesen vuelto á confederarse para entrar en Andalucía con nuevas fuerzas, es muy probable que hubieran puesto fin al imperio de los musulmanes en España; empero el de Aragon fue á tomar parte en la contienda suscitada entre Raimundo de Tolosa y el conde Simon de Monforte con ocasion de la doctrina que predicaban los albigenses; el de Navarra achacoso y fatigado de los combates no se hallaba en disposicion de acometer nuevas empresas; y el de Portugal se ocupaba en recobrar con las armas los estados que en aquel reino dejó su padre en el testamento á sus hermanas. Asi es que solamente los reyes de Castilla y Leon, cada uno por diferente rumbo, aunque de comun acuerdo, hicieron diferentes correrías, mas no de grande consecuencia.

En esto la muerte arrebató al rey de

Castilla D. Alfonso, y le sucedió su hijo don Enrique I de menor edad. El difunto monarca habia confiado su tutela á la reina madre doña Leonor, y en defecto de esta á doña Berenguela, su hermana mayor. Muerta la primera tomó el cargo la segunda; pero los ambiciosos Laras, promovedores eternos de turbulencias, proyectaron arrebatarse la tutoria á doña Berenguela, y ella tan prudente como desinteresada, para evitar discordias cedió el cargo á D. Alvaro de Lara, reduciéndose á la vida privada, cuyo reposo preferia al esplendor engañoso del mando. Habia casado esta señora viviendo su padre con el rey de Leon D. Alfonso; pero hubo de separarse de su esposo algunos años despues, por haber disuelto el papa este matrimonio, á causa del parentesco que mediaba entre los contrayentes, quedando sin embargo reconocidos como legítimos los hijos que habian tenido, de los cuales era el primogénito D. Fernando.

El tutor D. Alvaro de Lara pasó con el rey niño á Palencia, y habiéndose hospedado ambos en el palacio del obispo, el monarca, segun las sencillas costumbres de aquellos

tiempos jugaba cierto dia en el patio con los donceles. Uno de estos tiró una piedra al tejado, y desprendiéndose una teja, hirió gravemente al rey, de cuyas resultas murió á pocos dias.

Como D. Alvaro perdía su poder y consideracion con este fatal acontecimiento, para seguir mandando ocultó cuidadosamente la muerte del rey, se llevó su cadaver á Tariego, y pretestando falsos motivos que obligaban al monarca á no dejarse ver en público ni recibir visitas, despachaba en nombre suyo los negocios.

Por muerte del malogrado Enrique correspondia la corona á doña Berenguela, jurada ya en cortes como sucesora á falta de aquel; y ella aprovechándose del ardid de D. Alvaro despachó mensageros al rey de Leon, en cuyo poder estaba D. Fernando, hijo de ambos, para pedirle que permitiese á este venir á Castilla á verse con su madre, y auxiliarla contra la opresion de D. Alvaro. Usaba Berenguela de esta traza recelando que si el rey de Leon llegaba á saber la muerte de D. Enrique, pudiera querer apoderarse de Castilla en con-

cepto de dote perteneciente á su muger aunque divorciada, ó bajo otro pretesto; y no era infundada esta sospecha, si hemos de juzgar por la conducta posterior de don Alfonso.

Dado por este el permiso que solicitaba doña Berenguela, partió D. Fernando con los mensajeros encaminándose á Autillo, donde le aguardaban su madre y los muchos magnates que se hallaban allí reunidos. Desde Autillo salieron todos para Palencia, donde fueron recibidos por el obispo, el clero y el ayuntamiento con la mayor pompa y alegría. Encaminándose luego á Valladolid, pasaron por Dueñas; y no habiendo querido el alcaide del castillo abrir las puertas, fue entrada la villa á fuerza de armas, y tomado el castillo.

Para evitar igual resistencia en otros pueblos que seguian la parcialidad de D. Alvaro, se trató de ajustar una concordia con él; pero como propusiésemos por condicion que se le habia de entregar la persona de D. Fernando, segun se habia hecho con la del difunto D. Enrique, fue desechada con indignacion tan insolente

propuesta por doña Berenguela, su hijo y los magnates, quienes dirigiéndose en seguida á Valladolid, fueron recibidos con la misma solemnidad y satisfaccion que en Palencia.

Habiéndose detenido en Valladolid algunos dias, tuvo por conveniente doña Berenguela pasar á Segovia y Avila; pero habiendo sabido en el camino que no les abrian las puertas, por estar allí muy valida la faccion de D. Alvaro, hubieron de retroceder á la aldea de San Yuste, donde recibieron la desagradable noticia de que D. Sancho Fernandez, hermano del rey de Leon, entraba hostilmente en Castilla con un cuerpo considerable de tropas.

Determinaron, pues, volver á Valladolid y convocar allí las cortes. Despacháronse con este fin mensageros á las principales ciudades y villas, por cuyo medio, y con la persuasion de los obispos, que generalmente seguian el partido de doña Berenguela, acudieron de todas partes prelados y ricos hombres, como tambien los procuradores de muchas ciudades.

Doña Berenguela hizo presente en aquel agosto congreso, que habiendo sido jurada dos veces en cortes como heredera de los reinos de Castilla á falta de su hermano, creia pertenecerle la corona, y la renunciaba á favor de su hijo D. Fernando. Aceptada esta renuncia por las cortes, fue proclamado Fernando rey de Castilla en Valladolid, desde donde pasó á Burgos.

Su padre el rey de Leon, resentido por una parte del ardid con que le habian sacado al hijo para coronarle, é incitado tambien por D. Alvaro de Lara, quien ofrecia ayudarle con sus partidarios, entró con un fuerte ejército en tierra de Campos. Doña Berenguela despachó á los obispos de Burgos y Palencia con el objeto de que suplicasen á aquel monarca se abstuviera de una guerra tan injusta; pero él sin atender á la propuesta de los mensageros, se encaminó á Burgos. En esta ciudad habia entrado D. Lope de Haro con gente muy escogida para defenderla; visto lo cual por el rey de Leon, y escarmentado ademas de un reencuentro que tuvo con los castellanos, retrocedió á su reino. Entre tanto los La-

ras cometian hostilidades y desafueros; pero el principal de ellos fue preso por las tropas del rey, y perdonado por la clemencia de este.

Pasado algun tiempo volvió á entrar hostilmente el rey de Leon en Castilla; pero Fernando, que desde luego dió muestras de su gran capacidad militar, acudió con su ejército á hacer frente á los leoneses. Estando ya á la vista los dos ejércitos, escribió Fernando á su padre una humilde y sentida carta, en la cual le hacia ver con espresiones tiernas y respetuosas la sinrazon con que le movia guerra, el amargo sentimiento que esto le causaba, y la seguridad que le ofrecia mientras viviese de no hostilizarle. Esta carta pudo mas que el mensaje de los obispos, y arregladas algunas diferencias sobre intereses que reclamaba el de Leon, se hicieron las paces.

Sin el apoyo del rey de Leon los Laras, que habian vuelto á levantarse, cayeron en el mayor abatimiento y desmayo. Don Alvaro, el mayor de ellos, murió de pesadumbre: D. Fernando su hermano, des-

naturalizado de España, pasó al Africa, donde falleció á poco tiempo; y D. Gonzalo Nuñez de Lara tambien se pasó á los mahometanos.

Algunas otras alteraciones hubo en Castilla promovidas por señores ambiciosos; pero D. Fernando aconsejado por su madre doña Berenguela, las calmó todas usando oportunamente de la clemencia; porque su objeto principal era afianzar la paz interior del estado para dedicarse enteramente á perseguir á los musulmanes. Estos entre tanto ardian en discordias civiles: Abu Jacob Almostansir, rey de Marruecos y de Andalucía, murió envenenado, y su muerte fue la señal de prolongadas rebeliones, asi en Africa como en España.

A favor de ellas comenzaron las gloriosas conquistas del rey de Aragon D. Jaime I por la parte de Valencia y Mallorca, y las de D. Fernando III, que habiendo reunido las coronas de Castilla y Leon por la muerte de su padre, adquirió nuevas fuerzas, con las cuales conquistó á Murcia, Jaen, Ubeda, Baeza, Córdoba, Sevilla, y otros pueblos considerables. Este

glorioso monarca es generalmente mas conocido por sus virtudes y santidad, que por las altas calidades políticas y militares con que se distinguió entre los hombres eminentes de la edad media. Él consolidó la monarquía castellana, y dió á los musulmanes el golpe fatal y decisivo, reduciéndolos al estrecho reino de Granada, que tambien hubieran probablemente perdido si la muerte no atajara los pasos de tan esclarecido monarca.

Los progresos intelectuales de la monarquía castellana aun fueron mas lentos que los de la restauración política en los cinco siglos que corrieron desde la invasion de los árabes hasta el siglo XIII. Por el contrario estos se dedicaron con tanto ardor á las ciencias, y á algunos ramos de la literatura, que llegaron á distinguirse por su cultura en Europa, cuando esta dominada por el feudalismo y la superstición yacia en la mas profunda ignorancia.

En los estados cristianos de España no habia ni podia haber tan crasa ignorancia como en el resto de la Europa, porque el roce con los árabes, junto con la

cultura tradicional del tiempo de los romanos, conservada en parte por los godos, preservó á los españoles de aquella plaga. Por de contado sabemos positivamente que los muzárabes, ó cristianos que vivian mezclados con los musulmanes, se dedicaron tanto al estudio y cultivo del árabe desde el siglo IX, que merecieron una severa reprehension de Alvaro Cordobés, escritor eclesiástico de aquel siglo (1).

Sin embargo es fuerza confesar que los cristianos restauradores de la monarquía castellana, á los cuales me contraigo en este Discurso, cultivaron poco las ciencias físicas y matemáticas y aun la literatura hasta el siglo XIII, á pesar del ejemplo que les dieron los árabes desde el siglo X en adelante. Las causas de este atraso son varias, y de cada una de ellas voy á decir lo que conduzca á mi propósito, citándome todo lo posible.

(1) Así se explicaba el autor en su obra intitulada *Indiculum luminosum*, que insertó el Mtro. Florez en el tomo 11 de su España sagrada: "et reperias absque numero multiplices turbas qui eruditè chaldaicas verborum explicet pompas, ita ut metrice eruditore ab ipsis gentibus earmine et sublimiore pulchritudine finales clausulas unius litteræ coarctatione decorent."

Los árabes poseían la mayor parte de la península, la mas pingüe y de mas apacible clima: tenían ademas marina, y un comercio estenso con el Egipto y con el Asia, de donde les llegaban libros y maestros, y otros medios de instruccion. Podian ademas dedicarse con sosiego al cultivo de las ciencias, porque estaban en posesion pacífica de sus estados meridionales.

Por el contrario las monarquías de Leon y Castilla eran muy reducidas, de escasos recursos, de poco y aventurado comercio, espuestas á invasiones terribles de los árabes, como sucedió en el siglo x, en que el caudillo Almanzor destruyó á Leon, y llegó con sus huestes hasta Santiago de Galicia. ¿Qué descanso ni qué gusto podrian tener los cristianos para cultivar las letras?

La nobleza se dedicaba solo al arte de la guerra, y en este no cabe duda que se aventajó mucho, quando pudo resistir á todo el poder de los árabes y de los africanos en los tiempos de su mayor pujanza. El pueblo cristiano se ejercitaba en la labranza y la ganadería, y en las demas ar-

tes necesarias para proporcionarse medios de subsistencia; de manera que solamente los monges, clérigos y obispos se dedicaban al cultivo de las letras. Natural era que estos se diesen con preferencia á los estudios eclesiásticos para desempeñar las funciones propias de su ministerio, y rebatir los errores de la secta mahometana. Sin embargo algunos de ellos cultivaron tambien las letras humanas, y nos dejaron historias, aunque incultas, de aquellos tiempos.

Otra ventaja que tuvieron los árabes para cultivar la literatura con preferencia á los cristianos, fue la de poseer un idioma rico, y ya muy cultivado; cuando los castellanos, adulterado el latin que antes hablaban, tenian un dialecto rudo, imperfecto, y que fue puliéndose lentamente hasta mediados del siglo XIII en que apareció culto, sonoro, rico y magestuoso con el impulso que dieron á las letras D. Fernando y su hijo don Alfonso, y el esmero que pusieron uno y otro en estender y cultivar el idioma castellano, acerca de cuyo origen y lentos progresos haré algunas observaciones.

Dificilísima tarea es la de averiguar

cuando empezó á ser vulgar el dialecto llamado romance, que se formó de la lengua latina adulterada y del árabe en mucha parte. No habiendo documento alguno escrito en romance antes del siglo XII, ni autor de aquellos tiempos que nos dé noticias sobre el particular, habremos de contentarnos con meras congeturas. Aldrete, Mayans, Sarmiento, y el abate Andres hicieron curiosas investigaciones acerca del origen de la lengua castellana; pero ninguno de ellos pudo determinar con exactitud la época en que el romance vulgar empezó á ser un idioma distinto y separado del latin. Ni es posible ya determinar con acierto este punto; porque ningun autor de la edad media habló de esto, ni tenemos documento en castellano anterior al siglo XII.

En latin escribió el Pacense contemporáneo á la invasion de los árabes: en latin se escribieron los antiguos cronicones anteriores al siglo XII; y en latin se publicaron tambien los cuadernos de las cortes de Leon celebradas en la capital de este nombre el año de 1020, y las de Coyanza tenidas en el año de 1050.

Por el primero de estos cuadernos, escrito en un latin mas inculto que el segundo, se viene en conocimiento de la existencia de otro idioma vulgar diferente del latino, pues hay palabras que no pertenecen á este como *alboroch* ó alboroque, *arrelde* (pesa de cuatro libras), *casa*, *camisia* ó camisa, y otras del romance latinizadas, como *majorinus* por merino, *sajo* por sayon &c. Este lenguaje vulgar debia de ser muy inculto, porque no se empleaba para escribir la historia, para la formacion de las leyes, para los privilegios, donaciones de reyes y contratos de los particulares, todo lo cual se estendia en latin. Por consecuencia resulta, que este era el idioma culto y dominante en los reinos de Leon y Castilla; asi como el árabe lo era en todos los paises dominados por los musulmanes, en tanto grado que aun en los siglos XII y XIII se escribian en árabe muchas escrituras que se otorgaban en Toledo, á pesar de haber conquistado los castellanos esta ciudad á fines del siglo XI (1).

(1) La primera escritura que se encuentra en romance es una donacion de Mari Roiz al monasterio de Cardeña,

La dificultad de esta averiguacion acerca del origen de la lengua castellana nada tiene de estraño, cuando consideramos que sucede lo mismo respecto del provenzal, á pesar de que habiéndose escrito en este idioma tantas y tan cultas poesias desde fines del siglo xi en adelante, parece que debiera haberse escitado la curiosidad de los contemporáneos para transmitir á la posteridad algunas noticias sobre la formacion de aquella lengua rica y flexible, que se hablaba en el mediodia de la Francia y en la parte oriental de España (1).

otorgada en 1173, la cual puede verse en la obra del P. Andres Merino intitulada, *Escuela de leer letras cursivas antiguas y modernas*, pág. 177, edicion de Madrid año de 1780.

El mismo autor en la citada Paleografia, pág. 159, dice lo siguiente: "Su lengua (la de los moros) debia ser comun á entrambas naciones, porque se hallan escrituras firmadas en árabe de personas cristianas, y tambien de moros, y algunas veces el contesto de la escritura está mezclado de letras castellana y árabe. En el archivo de la santa iglesia de Toledo se conservan mas de quinientas escrituras puramente árabes."

(1) En cuanto á la formacion del dialecto gallego, en el cual se escribieron muchas poesias antiguas, incluidas algunas de D. Alfonso el Sabio, se lee lo siguiente en la Paleografia del P. Terreros citado por Merino en la suya, págs. 174 y 175. "Ni la prosa ni el verso castellano se deben confundir con el gallego, lengua que se formó de la francesa ó provenzal antigua y del castellano que entonces se usaba. Pero la perfecta formacion del idioma ga-

Solo podemos inferir que el provenzal fue la lengua mas antigua de cuantas tuvieron su origen en el latin adulterado; pues las crónicas escritas desde el siglo VIII en adelante hablan ya de ciertos aventureros conocidos con los nombres de *joculatores*, *ministrales*, *scurræ*, *mimi*, quienes corrian de pueblo en pueblo y de castillo en castillo, recitando ó cantando cuentos y aventuras, y acompañándose con algun instrumento. Estos cantos, y el language en que estaban compuestos, eran antes del siglo XI rústicos y groseros, como las costumbres de aquella edad.

Empero esta poesia popular, y el language que la servia de instrumento, se pulió á fines del siglo XI en que el espíritu caballeresco y los viages al oriente con ocasion de las cruzadas, afinaron el gusto de

»llego acaso nació de los casamientos que á fines del siglo XI hizo D. Alfonso VI de sus dos hijas doña Urraca y doña Teresa con los condes D. Ramon y D. Enrique, dando al primero el reino de Galicia, y al segundo lo que por el lado de Galicia se habia conquistado hasta entonces en Portugal. Estos principes sin duda no vinieron solos. Su ventajoso establecimiento, y sus cartas á Francia, Lorena y Borgoña no pudieron menos de atraer muchos paisanos suyos y aun de otras tierras á sus dominios y condados.»

los europeos, y ensancharon la esfera intelectual de los mismos. Entonces la poesia popular participando de aquella cultura, apareció en el siglo XII con mas agradables y complicadas formas, para captar la atencion, y satisfacer el gusto de las gentes ya mas civilizadas. A este progreso de la poesia popular alude el trovador Guiraut Riquier en un poemilla que dirigió en forma de peticion á D. Alfonso el Sabio el año de 1257 (1).

(1) Los versos dicen así en provenzal:

Car per homes senatz	Tocan issir a cap,
Sertz de calque saber	E donan alegrier.
Fo trovada per ver	Perqu'el pros de primier
De primer joglaria	Volgron joglar aver,
Per metr'els bos en via	Et en quar per dever
D'alegrier e d'honor.	N'an tug li gran senhor.
L'estrumen en sabor	Puois foron trobador
D'auzir d'aquel que sap	Per bos faitz recontar &c.

El sentido de estos versos es que los hombres sabios introdujeron al principio el arte de la yoglaria ó juglaria acompañado de instrumentos bien tañidos, para honrar y divertir á los nobles que mantenian á los juglares, como ahora lo hacen los grandes señores. Despues de esto vinieron los trovadores para cantar altos hechos y loar á los nobles, estimulando á otros para que los imiten.

El que quiera saber mas acerca de los trovadores, puede consultar la obra, clásica en esta materia, de Mr. Raynouard, intitulada *Choix des poesies originales de troubadours*, como tambien las vidas y obras de los trovadores, de F. Diez, profesor de la universidad de Bonn en Prusia.

Tambien es probable que antes del siglo XII hubiese en los reinos de Leon y Castilla alguna poesia vulgar compuesta en el toscó language que se iba lentamente formando del latin adulterado; porque en todos paises la poesia popular es la mas antigua, y esta se distingue por su sencillez, asi en el estilo como en la forma métrica. Tengo, pues, por cierto que antes del siglo XII se cantaban en Castilla romances en lengua vulgar, porque esta es la versificación mas sencilla y acomodada á las canciones populares. Y aun me atreveré á decir que antes de escribirse el poema del Cid, á mediados del siglo XII como opina D. Tomas Sanchez, y no antes por mas que diga el abate Andres (1), se cantaba en

(1) Es muy notable que cuantos trataron de la antigüedad de este poema no reparasen en los versos 3013 y 3014 del mismo que dicen:

El conde don Anrrich e el conde don Remond:

Aqueste fue padre del buen emperador.

Este último era D. Alonso VII (hijo del conde D. Ramon de Borgoña y de doña Urraca) que sucedió á su madre en el reino de Castilla, y no empezó á llamarse emperador hasta el año de 1135, en que se coronó como tal en las cortes de Leon, segun Sandoval en la Crónica de este rey, cap. 30. Por consiguiente el poema no pudo escribirse antes del indicado año, á menos que el autor hablase en profecía.

romances la historia del Cid, y tal vez el poema se compuso en gran parte con ellos.

Muéveme á pensar así la observacion que he hecho despues de una lectura muy atenta de este antiquísimo monumento de nuestra poesia, y es que en todo él se encuentran muchísimos versos de ocho sílabas, no siendo esta la forma métrica que adoptó el autor, sino otra muy distinta de versos largos y desiguales, asonantados por lo comun, de los que he entresacado como muestra los siguientes octosílabos, que forman otros tantos hemistiquios.

- Verso* 10 Alli piensan de agüjar
 11 A la exida de Vivar
 13 Mezió mio Cid los hombrós
 23 Antes de la noch en Burgos
 30 { Ascondense del mio Cid=ca nol'
 osán decir nada
 33 { Por miedo del Rey Alfonso=que
 así lo avie parado
 38 Sacó el pie del'estribera
 40 Una niña de nuef años
 45 Los averes e las casas
 49 E tornos'pora su casa
 50 Que del rey non havie gracia
 61 { Alli posó mio Cid=como si fuese
 en montaña

- 70 Fabló Martin Antolínez
 72 E vaimos nos al matino
 73 Por lo que vos he servido
 74 En ira del rey Alfonso
 93 Que non lo vean cristianos
 101 { En cuenta de sus haberes—de los
 que tienien ganados
 102 Legó Martin Antolínez
 103 { ¡Ó sodes Rachel e Vidás—los míos
 amigos caros?
 107 A moros nin á cristianos
 108 { Por siempre vos fare ricos—que non
 seades menguados
 134 De todas partes menguados
 137 Ya vedes que entra la noch
 139 No se face asi el mercado
 143 E nos vos ayudaremos
 150 Ca por el agua ha pasado.

Aun pudiera citar gran multitud de versos octosílabos como los anteriores, si no estuviese persuadido de que los acotados bastan para acreditar que ya existia este género de versificación, y que no siendo esta la adoptada por el autor para la composición de su poema, el hallarse en él tantos versos de ocho sílabas no hubo de ser efecto de pura casualidad, sino de intercalacion hecha de propósito, tomándolos de las can-

ciones populares. Como quiera que sea de esta opinion mia, nueva y por lo tanto destituida de apoyo, el poema merece ser examinado con el mayor detenimiento por ser la obra castellana mas antigua. En este concepto me he tomado el trabajo ímprobo de estudiarla bien y analizarla, arrostrando el fastidio que causa su inculto, desaliñado y oscuro language; y por conclusion de este Discurso presentaré el plan de este poema, tan poco apreciado, con algunas observaciones mias acerca de su mérito.

Desterrado del reino de Castilla el esclarecido Cid por orden del rey D. Alonso VI, sale afligido de Vivar en compañía de algunos valientes guerreros, resueltos á seguir su buena ó mala suerte. Encamínanse á Burgos donde se habia recibido un mandato real prohibiendo á todos sus moradores dar hospedage, y aun hablar al caudillo, sopena de la indignacion del monarca, y de perder sus bienes. Al entrar el Cid en la ciudad hallábanse los habitantes de ella asomados á las ventanas para ver pasar á tan insigne adalid; pero nadie osaba hablarle, aunque todos le compadecian.

El Cid se dirige á su casa, que encuentra cerrada: da golpes á la puerta con el estribo para que le abran; mas nadie obedece ni responde: solo una muchacha de pocos años que se le presenta, osa hacerle sabedor de la orden que impuso la prohibicion á los habitantes. Entonces el caudillo y sus compañeros salen de Burgos, y van á acampar á orillas del Arlanzon, donde pasan la noche en tiendas de campaña. Para proveerse de dinero el Cid traza el arbitrio de llenar de arena dos cofres; y suponiendo que es oro labrado pide á Raquel y Vidas, dos sujetos poderosos que se hallaban en el castillo de Burgos, 600 marcos prestados con el propósito de devolvérselos en mejor ocasion. Martin Antolínez desempeña diestramente este encargo. Entrega los cofres á Raquel y Vidas bajo la condicion de que no sean abiertos; y ellos confiados en la buena fé y reputacion del Cid, no dudan prestar el dinero sobre tan engañosa hipoteca.

Hecho esto alzan las tiendas los guerreros, y se encaminan á S. Pedro de Cardena, donde se hallaba la esposa del Cid

con sus hijas y dueñas. Empezaba á rayar el alba cuando llegó el Campeador con los suyos: sale á recibirle el abad D. Sancho con grande regocijo; despues se presentan su esposa doña Jimena y sus hijas: aquella hincada de hinojos y derramando lágrimas, manifiesta al Cid su dolor profundo. El guerrero la consuela con tiernas palabras, y tomando á sus hijas en brazos las acaricia amorosamente.

En esto llegan otros caballeros partidarios del Cid, cuyo número pasa de ciento; y estando ya para espirar el plazo señalado por el rey para la expatriacion, determina el Cid ponerse en marcha, despues de entregar al abad el dinero necesario para atender al decoroso mantenimiento de su familia. A media noche, tras una fervorosa oracion en la iglesia de S. Pedro, se despide el Cid de su esposa é hijas con la mayor ternura, y acaudillando sus gentes marcha á Spinar de Can, adonde acuden de varias partes otros guerreros á incorporársele. Desde alli se encamina á la sierra de Miedes, y en un pueblo llamado Figueruela, se le presenta en sueños el arcángel

Gabriel exhortándole á continuar su marcha, y prometiéndole buena ventura.

En la sierra de Miedes hizo el Cid un alarde de su hueste, en la cual se contaban 300 lanzas, además de los peones, cuyo número no designa. Pasada la sierra, se hallaron fuera de los dominios del rey don Alfonso, y desde entonces empiezan las hazañas del Cid. Este puso sus tropas en celada para sorprender al pueblo de Castejon dominado por los moros, y al romper el día cuando estos abrieron las puertas, embistió repentinamente el Campeador, y se apodera de Castejon. Repartidas entre los guerreros las riquezas que en él se encontraron, el Cid determinó dejar á Castejon, por no dar lugar á que el rey Alfonso le moviese guerra, y se encamina á Alcocer, de cuyo castillo se apodera despues de un reñido combate.

Los moros de Teca, Teruel y Calatayud, vasallos del rey de Valencia, informados de la pérdida de Alcocer, le envían mensageros noticiándole que si no los socorre se verán en la precision de rendirse. Envíales el rey de Valencia tres mil hom-

bres, y unidas estas fuerzas á otras que se juntaron en Aragón; van á cercar al Cid en Alcocer. Tenia á la sazón el ilustre caudillo sobre seisçientos hombres de pelea, toda gente escogida, y á pesar de tan desiguales fuerzas sale del castillo á hacer frente á los moros: trábase un reñido combate, que el autor describe con ardimiento, y la victoria se declara por los cristianos. El rey de Valencia que acaudillaba á los moros se salva con los restos, huyendo á Calatayud, hasta cuyas inmediaciones le fueron dando alcance los cristianos.

Ganado este célebre triunfo, elige el Cid al valiente Minaya Alvar Fañez, uno de sus mejores capitanes, para que lleve al rey Alfonso treinta caballos árabes bien ensillados, con sendas espadas pendientes de los arzones, en señal de homenaje, á pesar del agravio que había recibido, como tambien parte de las riquezas adquiridas á su esposa doña Jimena. Recibe el rey con agrado el presente, y permite á Minaya que vaya libremente por Castilla á cumplir los encargos del Campeador.

Hallándose este en el pinar de Tebar

despues de haber obligado al rey de Zaragoza á rendirle en parias, llega Minaya de Castilla con doscientos caballos y gran número de peones que atraídos por las hazañas del Cid querian alistarse bajo sus banderas. El caudillo los recibe con el mayor agradecimiento y es informado de la favorable acogida de Alfonso y de lo buen estado de sus hijas y esposa, muestra un júbilo extraordinario y

En seguida marcha con su gente para Huesca, y sabedor de ello el conde de Barcelona D. Raimon (que estaba enojado con el Campeador por haber herido este á un sobrino suyo en la corte de Alfonso), determina confederarse con los moros que estaban en buena relacion con él, para hostilizar al Cid, y atajar sus pasos. Verificase el terrible encuentro, en el cual gana el Cid la célebre espada que llamaron Colada, y el conde D. Raimon queda prisionero. Usando el Cid de la generosidad caballeresca con que siempre le retrata el autor, da libertad al Conde sin interes alguno, y reuniendo su gente se encamina á Valencia.

Después de varios combates en que siempre queda vencedor, se presenta á vista de los muros de aquella capital, la ascudia, y los moros no osando entrar en batalla campal, pactan con él que si no fueren socorridos dentro de nueve meses cumplidos, se le entregarian. Asi se verifica, y el Cid entra triunfante en Valencia, reconociendo como señor de ella al rey Alfonso, á quien envia un mensage con cien caballos de regalo.

El monarca, agradecido á la bondad del Campeador, le autoriza para quedar mandando en Valencia, y dispone que pase allá doña Jimena con sus hijas, recibiendo en su viaje los debidos obsequios, y que se restituyan los bienes secuestrados á cuantos sin licencia suya habian seguido los pendones del Cid. Este sale á recibir á su mujer é hijas á las puertas de Valencia acompañado del obispo y de sus valientes capitanes, y alli se renuevan los tiernos afectos de unos y otros después de tan larga y sentida ausencia.

Viene luego á sitiar á Valencia Yusef, rey de los almoravides, y quedá der-

rotado en las inmediaciones de la ciudad, despues de una sangrienta batalla; con lo cual deberia haber concluido el poema, si como parece se habia propuesto el autor por principal objeto la conquista de tan importante capital. La parte restante del poema es puramente episódica, pues contiene otra accion que no está enlazada con la principal, y forma por sí otro poema, como se verá por el siguiente extracto.

Las hijas del Cid se casan con los infantes de Carrion, y estos jóvenes desalmados llevándolas desde Valencia á Castilla, las desnudan en un monte, las azotan con la mayor crueldad, y alli las dejan abandonadas hasta que vienen á recogerlas los criados. Esta afrenta, dimanada de un injusto resentimiento que tenian del Cid los agresores, es tan repugnante al buen gusto, como impropia de las costumbres caballerescas de aquella edad. Sin embargo da ocasion á una grande escena dramática; porque habiéndose quejado amargamente el Cid al rey Alfonso, convoca este las cortes en Toledo. Preséntase en ellas el Cid ricamente vestido, segun le pinta el

autor, y acompañado de cien caballeros engalanados con pieles de armiño y ricos mantos, bajo cuyas galas esconden las resplandecientes lorigas y las cortadoras armas.

Al presentarse el Cid se levanta para acatarle el rey D. Alfonso, los condes don Enrique y D. Ramon de Borgoña, y los demas circunstantes. El monarca le hace sentar en un escaño separado para distinguirle como á un príncipe, y le rodean sus caballeros. El rey se levanta, y dice que ha convocado estas cortes para hacer justicia al Cid, nombra por jueces á los condes D. Enrique y D. Ramon; y volviéndose al Campeador le dice que hable. El héroe espone con dignidad su queja, y pide que le devuelvan sus yernos las dos espadas que les habia entregado, Colada y Tizon. Los jueces asi lo otorgan, y los infantes de Carrion, persuadidos de que el Cid se daría con esto por satisfecho, ponen las espadas en manos del rey: este las desenvaina, relumbrando toda la corte, segun la espresion pintoresca del poeta; las entrega al Cid, y este mirándolas con go-

zo, da la una á su sobrino Minaya y la otra á Martin Antolinez el *burgales de pro*. Hecho esto pide que los infantes de Carrion le devuelvan los tres mil marcos de plata que dió en dote á sus hijas. Ellos se resistian; pero habiéndolo determinado así los jueces y el monarca, restituyen el importe en alhajas por haber gastado el dinero.

Mas aun no quedaba vindicado el honor del Cid y de sus hijas, y era indispensable el reto, segun la costumbre de aquellos tiempos. Los infantes de Carrion son por consiguiente retados; y pidiendo ellos plazo para preparar sus armas y caballos, y arreglar otras cosas, el rey les concede tres semanas, con lo cual se disuelven las cortes, y el Cid se vuelve á Valencia.

Los mantenedores del reto por parte del Cid eran Martin Antolinez, Pero Bermudez y Muño Guztioz, contra igual número de los de Carrion, llamados Ferran, Diego, y Asur Gonzalez. El poeta describe con valentia el combate de cada pareja, y estos trozos descriptivos son de lo mas animado que se halla en el poema. Los cam-

peones del Cid quedan vencedores, y este ilustre caudillo recibe tan fausta noticia con el mayor regocijo. Aquí termina el poema despues de indicar el autor en algunos pocos versos mas, que las hijas del Cid casaron con dos infantes, uno de Aragon, y de Navarra el otro, y que el Campeador murió en la pascua de Pentecostés sin espresar el año.

Este es en suma el plan del poema, descargado de algunos pormenores pueriles y fastidiosos. Si consideramos que fue el primer ensayo hecho en lengua vulgar de un poema heroico original, cuando aun se hallaban las letras en el mayor atraso, no podremos menos de tributar el debido elogio al autor, que supo trazar una fábula medianamente ordenada, y conducirla con bastante acierto hasta la conquista de Valencia; y aunque en lo restante, que yo considero como un poema distinto (1), presen-

(1) Parece verosimil que en romances separados se cantasen las aventuras de las hijas del Cid con los infantes de Carrion, y que el autor se valiese de aquellos para formar otro poema. Pudo este con el tiempo incorporarse al primero, haciéndose en uno y otro algunas alteraciones para enlazarlos. Esto no pasa de una conjetura, que someto al examen de los eruditos.

fase el repugnante cuadro de las hijas del Cid azotadas por sus esposos, no puede negarse que en el todo hay situaciones verdaderamente poéticas. Tal es la entrada del Cid en Burgos cuando va desterrado, el silencio de la ciudad, el terror de sus habitantes asomados á las ventanas para ver pasar al caudillo sin atreverse á hablarle, el desamparo de este, la despedida de su esposa y de sus hijas en San Pedro de Cardena, el vencimiento del conde D. Ramon Berenguer, la magnanimidad con que el Cid le vuelve la libertad sin rescate alguno, la entrada de Valencia, el pavor de los infantes de Carrion cuando soltándose el leon de la jaula se presenta en la estancia con centellantes ojos, y la serenidad con que el Cid le obliga á encerrarse nuevamente; el cuadro magnífico de las cortes de Toledo para juzgar sobre la afrenta de las hijas del héroe, en que todo es dramático, y otros pasages que pudieran citarse, por los cuales se echa de ver el talento poético del autor.

Ni es menos recomendable por haber presentado en la persona del Cid un carac-

ter ideal caballeresco, *sans peur et sans tache* como el de Bayardo. Rodrigo de Vivar es fiel esposo, tierno y cariñoso padre, buen amigo, desinteresado, generoso, comedido, y obediente súbdito á un rey que tan mal le habia tratado. En las cortes de Toledo aparece como un hombre de esfera superior á cuantos le rodean. El rey y los infantes le acatan; todos le miran con asombro; y él sin orgullo, sin exasperacion, sereno como el águila que vuela sobre la nube tormentosa, presenta su queja, pide satisfaccion, la alcanza, y vuelve á Valencia á morir en el seno de su adorada esposa cercado de gloriosos laureles.

Aun se leeria hoy con gusto esta composicion, si el estilo correspondiese á la elevacion del asunto; pero desgraciadamente es prosaico y aun vulgar en la mayor parte, aunque de cuando en cuando agrada por cierta naturalidad muy conforme á las costumbres de aquellos tiempos. Tambien tiene á veces el estilo cierta energía, señaladamente en la descripcion de los combates; mas este fuego se apaga bien pronto, y vuelve á reinar la prosa monótona, fria y cansada. Digo

prosa, no solo porque falta el colorido poético, sino porque en realidad no hay sistema alguno de versificación, sino renglones desiguales, unas veces de doce sílabas, otras de catorce, de diez y seis y aun más, según conviene al autor para concluir un periodo. Ya toma un asonante, y le sigue hasta que le cansa, ya un consonante, y hace lo mismo, ó mezcla unos y otros á su antojo.

Tal vez muchos de estos defectos no serán de él sino de los copiantes, pues Dios sabe las alteraciones que se habrán hecho en el original después de tantos siglos. Lo cierto es que el poema ha llegado á nosotros incompleto, pues le falta el principio, y que no ha habido varios códices para confrontarlos, y purgar los errores. El marqués de Santillana no habló de este poema en su carta al condestable de Portugal, lo cual prueba que era poco conocido en aquellos tiempos, y tal vez estaría hoy sepultado en el olvido, si no le hubiera dado á luz el erudito D. Tomas Sanchez, á quien tanto deben las letras españolas.

Acreeedores son á nuestro reconoci-

miento los literatos que han empleado sus tareas en descubrir, publicar y anotar estos antiguos monumentos de nuestra literatura; pues aunque no puedan proponerse á los jóvenes estudiosos como dechado de composicion y estilo correcto, sirven mucho para ilustrar la historia contemporánea, para dar á conocer las costumbres y la estructura del idioma. Asi lo han considerado las naciones mas cultas de Europa, que de medio siglo á esta parte se han dedicado con ardor á esta clase de investigaciones; y sería mas acertado imitarlos en esto, que en otras cosas tan perjudiciales como contrarias á nuestros hábitos: hablo de esos monstruosos dramas, que tanto ofenden al buen gusto y á la moral.

De este modo se despertaría mas la aficion á nuestra antigua literatura, que en estos últimos tiempos ha llamado la atención de los estrangeros, y señaladamente de los alemanes. Mientras ellos forman colecciones de poesias castellanas, imprimen correctamente y con lujo las comedias de Calderon, y escriben tratados sobre nuestra historia literaria; aqui se descuida esta, y

raro es el que procura seguir las huellas de un D. Nicolas Antonio, y de otros laboriosos literatos, que en el siglo XVIII trabajaron con fruto sobre esta materia tan importante.

NOTA.

Los acontecimientos que se refieren en este Discurso concernientes á las guerras civiles de los musulmanes, estan extractados de la *Historia de la dominacion de los árabes en España*, por el señor D. Antonio Conde. Para lo demas relativo á la monarquía castellana, se han consultado nuestros historiadores antiguos y modernos de mas nota; y por lo que hace á algunos puntos en que estos no estan conformes con los árabes, se ha seguido la opinion mas verosímil, bien examinadas todas las circunstancias.

ERRATAS.

<u>Página.</u>	<u>Línea.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
8	26	<i>proporcione</i>	<i>proporcionaron</i>
17	24	por	para
27	15	albingenses	albigenses

ERRATA.

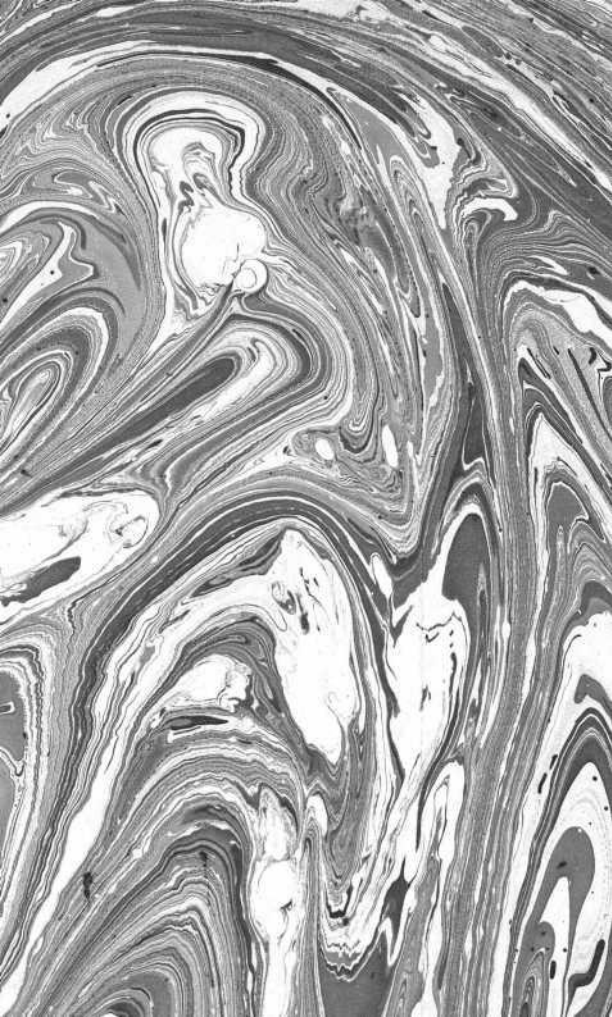
folios.	lineas.	lineas.	lineas.
27	15	15	15
17	24	24	24
	para	por	para

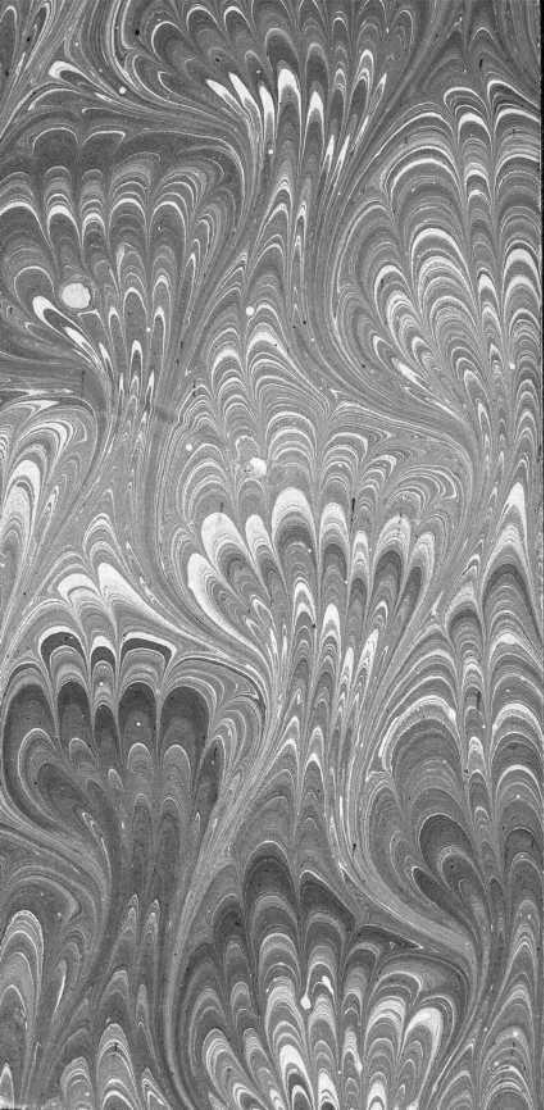
NOTA.

Las setecientos que se refieren en este Diccionario concuerdan a las guerras civiles de los moros, estan extractadas de la *Historia de la dominacion de los arabes en España*, por el señor D. Antonio Gade. Para lo demas relativo a la monarquia castellana, se han consultado muchas de sus historias antiguas y modernas de sus notas; y por lo que hace a algunos puntos en que estos no estan conformes con los arabes, se ha seguido la opinion mas verosimil, bien examinadas todas las circunstancias.









TABLA

INTRODUCCION

CONFERENCIA

DE LA DERECHA

AL SOCIALISMO

EN

ESPANA

88

88

444

©